

LAS FIERAS

Roberto Vivero



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

*Para ti, Pilar,
porque a tu lado
puedo cerrar los ojos.*

*¿Por qué velas? Uno debe velar, se dice.
Uno tiene que hacer acto de presencia.*

De noche. Franz Kafka

ALICIA, LA NIÑA ANTINÓ

La habitación era una cama de emin, un billete de colores recortado y hecho hermosas trizas.

Lo agarró por los pelos y lo zarandeó sin piedad. El muñeco Z. Písarév pataleaba con inconsútil demostración de ligereza. Nada le importaba ser azotado y girar haciendo molinetes, ser golpeado contra la pared y mordido en la entrepierna; nada le importaba siempre y cuando fuese Alicia quien le infligiera el castigo.

Alicia no se negaba a nada. No le pidas que diga que no ni al no.

Un día, Alicia se encontró en la calle con Mefistófeles: el pobre diablo le pidió unas monedas, nada, o casi nada, y Alicia no pudo contentarlo. Así que Mefistófeles le dijo que la llevaría a casa de un amigo, un tal Fausto, un barriobajero de dientes como perlas barrocas y caries de heroína, una fulana de pelo en pecho y más insaciable que la boca de Alicia diciendo sí sí sí.

La noche salía de las alcantarillas, olía a semen tirado tras un seto, brillaba como la mano roñosa del viejo entre unos familiares muslitos. Era una noche como otra cualquiera.

Alicia quería decir sí a la noche, a la oscuridad de los pelos de su pubis, aún ocultos en su aurora sonrosada y blanquecina. Quería zamparse la vida y las doce campanadas del sí a la eternidad del placer.

Así que Mefisto camina apretándole la mano. Alicia va contando estrellas en los charcos: una estrella muerta de frío, una estre-

lla rota en el laboratorio, una estrella gritada bajo la almohada. Alicia pierde la cuenta, tampoco le importa: dice sí a la noche de los números solapados y le clava las uñas a Mefistófeles con cruel devoción.

El edificio se desploma hacia los lados corroído por costras de mugre. Entran en el portal como se entra en el infierno de la casa del prójimo: allí no puedes hacer nada más que ver la pulcra mierda de las miradas apostadas en tijeras de los yonquis y las fulanas de edad ilimitada, el póquer descubierto de los supervivientes, las ratas, las cucarachas, el yo. El portal se rompe en las escaleras, en los peldaños temblorosos que retuercen el caracol del oído y Alicia no oye ni su corazón, pausado como una babosa.

Fausto va vestido con un camisón verde acribillado de lentejuelas. Es un gracioso cebón grasiento que transpira aguardiente y *Chanel* de todo a 1euro. Sus manos pesan con los irisados anillos de la mala suerte y las fantásticas pulseras que como regüeldos se enmarañan en los negroides pelos de los brazos. Su risa está a punto de engullir a Alicia, que sonrío con la timidez de quien con sumisa curiosidad se asoma a la jaula de los simpáticos monos para ver cómo uno de ellos abre la puerta y tira de ti mientras se masturba con invitadora delicadeza. Mefistófeles no quiere participar, no quiere vivir, no quiere vomitar ni beber ni dormir. Mefistófeles abre los ojos, abre las fauces de su placer y no quiere nada, no quiere comer, ni follar, ni abusar ni morir. Se sienta en una angelical silla deshabitada de toda compasión, y mira.

Alicia parpadea, apenas. Fausto es la ópera de la mariposa ciega de Don Simón. Alicia se pierde, de repente, en una revista sobre la sábana amarillenta de nicotina y ácaras secreciones que dibujan filigranas viscerales. Se sienta. En la página arrugada una niña echada en la hierba garabatea en una libreta. Alicia abre las piernas. ¿Te gusta mi lengua?

—Sí, señor violador.

La lengua de eucalipto y pescado. ¿Te gustan mis dedos?

Los dedos se deslizan por la piel que se eriza. ¿Quieres que te quite el vestido?

—Sí, señor violador.

El liviano vestido se eleva como un fantasma y deja a la luz, luz sudada, el cuerpo de Alicia tibio como un cadáver y suave como un pétalo cubierto de polvo. ¿Quieres que te chupe las tetitas?

—Sí, señor violador.

Que se arrugan como el pene en el mar. ¿Quieres que le pegue al primo Manuel, Alicia?

—Sí, Juanjo.

Y Juanjo le da una patada en la cabeza al primo Manuel. ¿Quieres, Alicia, que mee encima de Belén?

—Sí, Arturo.

Y Arturo mea encima de Belén semidesnuda en un rincón del parque noctámbulo. ¿Quieres mover esta cosa dura que tengo aquí, Alicia?

—Sí, señor violador. Sí, señor profesor. Sí, señor fontanero. Sí, señor leñador.

Fausto mira a su espalda. Nota la punta de la mirada de Mefistófeles. ¿Quieres que lo mate?

—Sí, señor violador.

Pero antes, niña, ¿quieres agitar y beberte un *Actime!*?

—Sí, claro, señor violador.

Alicia agarra la hoja de la revista, la aprieta, la empuña, la foto cae engullida en la húmeda deflagración. Alicia agarra el cuchillo que está debajo. Lo levanta.

Pisarév sangra con la sangre de Alicia. Está feliz de lamer sus heridas, de sorber sus jugos.

—Toma, Z. Pisarév, toma, sí, y ahora métete en mí, métete en mí, serpiente, y sángrame, sí.

El cuchillo corta un dedo de Alicia. Arriba, la vieja arrastra los muebles un día más.

—Ahora, ahora, hazlo ya, mávalo ya.

Fausto sujeta a Alicia por el pelo, la zarandea, la agita, la aprieta. Alicia patalea, Fausto la soprano grita wagneriana, Mefistófeles no quiere ver, no quiere no mirar, saca, sin prisas, la lengua, y se

relame con camaleónica fruición seca.

Alicia, ¿quieres que rompa el jarrón favorito de mamá?

—Sí, hermano mío.

Alicia, haré cualquier cosa por ti.

—Sí, mi amor, hazlo, sí.